

Levantó la cabeza, y con ese movimiento echó hacia atrás sus cabellos que formaron sobre su frente el rizo que acostumbraban hacer.

Su rostro estaba tranquilo y sereno.

— ¿ Están apostados los cien lises, general ? preguntó sonriendo y sin mover parte alguna de su cuerpo.

— Sí, y quizá los pierda, dijo el conde.

En aquel momento, Loredán había llegado á su límite, é hizo fuego.

— Habéis perdido, general, dijo Mr. de Marandé.

Y cogiendo su pistola, disparó sin detenerse á apuntar.

Mr. de Valgenense dió una vuelta sobre sí y cayó con el rostro hacia la tierra.

— Y bien, dijo el banquero arrojando su pistola y recogiendo su orden, no he perdido completamente la mañana : á las nueve y cuarto he ganado cien lises y he librado al mundo de un picaro.

Durante este tiempo, Salvador se había precipitado, seguido de los dos jóvenes, á socorrer al herido.

Mr. de Valgeneuse, con los puños crispados, el rostro lívido, llena la boca de espumosa sangre, rodaba por el suelo, con la mirada extraviada y medio apagada.

Salvador le abrió el traje, desgarró la camisa del moribundo y descubrió la herida.

La bala le había entrado por debajo de la tetilla derecha, y atravesándole sin duda el estómago, había ido á buscar el corazón.

— Así que, después de haber examinado atentamente la herida, se levantó sin pronunciar una palabra.

— ¿ Corre peligro de muerte ? preguntó Camilo de Rozán.

— Algo más que peligro ; ha muerto, dijo Salvador.

— ¿ Cómo, no hay esperanza ? preguntó el segundo testigo.

Salvador dirigió una mirada aún sobre el herido, y sacudió negativamente la cabeza.

— ¿ Aseguráis, por tanto, que nuestro amigo no sobrevivirá á su herida ? preguntó Camilo.

— Mas aún, dijo gravemente Salvador, que Colombán no ha sobrevivido á su dolor.

Camilo se estremeció y dió un paso hacia atrás.

Salvador saludó y se acercó á los dos generales que le preguntaron por el estado del herido.

— No le quedan diez minutos de vida, respondió Salvador.

— ¿ No podéis hacer nada por él ? preguntaron ambos testigos.

— Nada absolutamente.

— ¡ Entonces, que Dios tenga piedad de él ! dijo Mr. de Marandé, y marchemos, porque el rey espera.

## CAPÍTULO XVIII.

### EPISODIO BUCÓLICO.

La población de Amsterdam, que bien podría ser con el tiempo un puerto central de todo el mundo si se hablase otra lengua que la holandesa, es una Venecia gigante. Mil canales rodean los cimientos de las casas como largas cintas de muaré, y mil luces de brillantes colores iluminan lo más alto de sus techumbres.

Á la verdad, que una sola casa pintada de encarnado, de verde ó de amarillo, sería un edificio ridículo y chocante, mirada aisladamente; pero todos estos colores reunidos se confunden de una manera agradable y hacen de esta gran ciudad un inmenso arco iris de piedra.

Además no solamente el color, sino hasta la forma de todas las casas, es agradable, pues son sumamente variadas, originales y pintorescas. En una palabra, se diría que todos los discípulos de la gran escuela de pintura holandesa habían revocado su ciudad para distracción de sí mismos, y después para el entretenimiento de los viajeros.

Si por una parte la población de Amsterdam se parece por sus infinitos canales á Venecia, y por otra se asemeja á un ciudad china según su variedad de colores, las habitaciones miradas á algunos pasos de distancia, se parecen también á las casas fantásticas que presentan su arquitectura sencilla en la superficie de nuestras tazas de té, y no se pisan los umbrales sino con cierto temor, según su aparente fragilidad que engaña á primera vista.

Por otra parte, aunque el traje no haga al monje, la habitación hace al habitante, y es imposible no ser pacífico, mesurado y honesto en tan honestas y pacíficas moradas; del uno al otro extremo de la villa respira el viajero una satisfacción que le hace desear vivir y morir allí. Si el que ha dicho al ver á Nápoles: « Ver á Nápoles y morir, » hubiese visto á Amsterdam, hubiera cambiado su sentencia por la de: « Ver á Amsterdam y vivir! »

Tal era al menos la opinión de dos enamorados á quienes hemos llamado Justino y Mina, y que vivían tranquilamente en Holanda como dos palomas en su nido.

Se hallaban alojados por el pronto en una casa de los arrabales de la ciudad, en que el propietario únicamente

podía darles unas habitaciones, en que todas las piezas se comunicaban, y esta vida común no aproximaba, sin embargo, el fin indicado por Salvador, y hacia el cual Justino dirigía todos sus votos.

Ocuparon provisionalmente este departamento, y el maestro se puso en busca de un colegio para Mina, pero inútilmente; las directoras francesas eran muy escasas y lo que enseñaban, hubiera podido hacerlo tan bien como ellas la prometida de Justino: tal fué el parecer de Mad. Slyper, directora del principal colegio de Amsterdam.

Esta señora era una mujer excelente; hija de un comerciante de Burdeos, se había casado con un rico armador holandés, nombrado Slyper, y había mandado venir de Francia una joven bastante instruída para enseñar las nociones preliminares de la lengua francesa á sus hijos.

Algunas vecinas habían suplicado á Mad. Slyper permitiese á su encargada el que dirigiese la instrucción de sus hijas, pero poco á poco fué aumentando el número de vecinas, hasta que llegó el caso de que los cuatro jóvenes de Mad. Slyper no viesen á su maestra más que en muy raras ocasiones.

Una tarde, Mad. Slyper reunió á sus vecinas y les previno que desde el mes inmediato no permitiría á su maestra el dar lecciones de francés á los hijos de las otras con perjuicio de los suyos, cuya educación empezaba á resentirse visiblemente.

— ¿ Y no habría un medio, dijo una señora que tenía cinco hijas (en ninguna parte se multiplica la población como en Holanda), no habría un medio de arreglar las cosas á satisfacción de todos?

— No veo ninguno, respondió Mad. Slyper.

— Si le hay; en vez de que mandéis vuestra profesora

á nuestras casas, enviemos nosotras nuestros hijos á la vuestra.

— Bien dicho, gritaron todas.

— ¿Y pensáis, replicó Mad. Slyper, que mi casa tiene la suficiente capacidad para recibir en ella á treinta niñas? Por otra parte, esto sería transformarla en un verdadero colegio.

— Y qué, ¿sería acaso algún mal? La profesión de directora de un colegio, ¿no es de las más nobles, de las más respetables?

— Convengo en ello, pero mi casa no es bastante grande.

— Tomad otra.

— ¿Y cómo conseguirla?

— Emplead los medios que se ponen en práctica cuando se desea una cosa.

— Reflexionaré, dijo Mad. Slyper.

— Todo está reflexionado, repitió la vecina, yo me ocuparé de lo que hace relación á la casa y me asocio con vos. Solamente os pido ocho dias de término para buscar habitación y adquirirla.

— Pero, objetó Mad. Slyper, quien no rechazaba del todo esta idea, pero que sin embargo, la inquietaba la precipitación de su vecina) permitidme al menos que consulte, que reflexione.

— Ni un instante, contestó, las grandes resoluciones deben tomarse sin reflexionar. ¿No es este vuestro parecer? añadió volviéndose hacia sus camaradas.

— Todas estuvieron conformes con ella.

Y ved aquí, como Mad. Slyper vino á ser directora de un colegio de los principales de la ciudad de Amsterdam. Hacia diez y ocho meses que le dirigía, en el momento que Justino se presentó en su casa.

Después de una media hora de conversación, sabía de Justino y de Mina todo lo que el maestro de escuela había juzgado prudente contarla.

Viendo la distinción, la modestia, la urbanidad y la profunda instrucción de Justino, y sabiendo el estudio que había hecho en algunos años de la educación de los niños, Mad. Slyper no tuvo más que una idea, un deseo, un pensamiento, y fué, el recibir á Justino como profesor de francés en su colegio.

La profesora, encargada de unas treinta niñas, no ofrecía ya grandes ventajas; por otra parte, sus conocimientos científicos comenzaban á llegar á su término. Algunas jóvenes de catorce años se admiraban instintivamente de no dar un paso más en el vasto campo de la educación, y ella misma lo había confiado á Mad. Slyper, y ésta la había prometido pedir á Francia otra profesora para la enseñanza superior.

La llegada de Justino era por lo tanto providencial, y la directora la acogió con una verdadera satisfacción.

Y llegó al colmo su alegría cuando supo que la pupila que la ofrecían, podía también, en defecto de Justino, enseñar á las demás jóvenes historia, geografía, botánica, inglés é italiano.

— Caballero, exclamó, pues, en el momento en que Justino, desesperado por no poder arreglar con ella nada de definitivo, iba á retirarse ya; caballero, ¿queréis concederme aún algunos instantes de conversación?

— Con mucho gusto, señora, exclamó Justino volviéndose á sentar.

— Caballero, replicó Mad. Slyper, ¿qué objeto tenéis al introducir aquí esa joven?

— Ya os lo he dicho, señora; esperar á recibir noticias

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No 1625 MONTERREY, MEXICO

de su padre, ó á que llegue su mayor edad para casarme entonces con ella.

— ¿ No tiene, pues, familia ?

— No tiene más que una familia adoptiva ; la mía, mi madre, mi hermana y yo.

— ¿ Y qué es entonces (supuesto que tenéis intenciones de estableceros en Amsterdam hasta la mayor edad de esa niña) ; qué es entonces lo que os impide confiármela por completo ?

— Quisiera, respondió Justino, que terminase su educación, educación que ya hoy es brillante, pero que no está aún completamente terminada ; y como me habéis manifestado vos misma, la instrucción de vuestra directora no era suficiente para llegar á ese resultado.

— Es verdad, caballero, pero si hallase yo una persona que pudiera concluir la educación de la señorita Mina, ¿ consentiríais en confiármela ?

— Con mucho gusto, señora.

— Pues entonces ya creo que la he encontrado.

— ¿ De veras ?

— De vos depende únicamente.

— ¿ Cómo así ?

— El precio de este colegio es el de mil francos anuales. ¿ Le encontráis acaso demasiado caro para vuestra fortuna ?

— No, señora.

— ¿ Cuánto se paga en París á un profesor-director por tres lecciones semanales ?

— De mil á mil doscientos francos.

— Pues bien, caballero, hé aquí lo que os propongo. Hacedos profesor de francés de mi colegio ; me consagraréis seis horas semanales, y os pagaré mil doscientos francos al

año. De este modo, y colocado ya en el establecimiento, podréis continuar la educación de la señorita Mina.

— Me parece esto un sueño, señora.

— Pues en vos consiste el que se convierta en realidad.

— ¿ Y qué debo hacer, señora ?

— Aceptar pura y simplemente lo que os propongo.

— Con todo mi corazón, señora.

— ¿ Conque entonces está convenido ? dijo Mad. Slyper. Hablemos ahora de la señorita Mina. ¿ Creéis que consenta en partir con mi profesora la carga de dar instrucción elemental á las demás niñas ?

— Respondo de su consentimiento.

— Pues bien, os ofrezco por ella seiscientos francos de sueldo y la doy mesa y habitación gratis en el colegio. ¿ La convendrá ?

— ¿ Oh, señora ! exclamó Justino con los ojos arrasados en lágrimas de dicha, no puedo expresaros cuánto me conmueve vuestra bondad ; pero quiero poner á vuestros ofrecimientos una condición.

— Hablad, caballero, contestó Mad. Slyper temiendo ya que se deshiciera el trato.

— Es la de que en lugar de consagraros seis horas semanales, pueda yo ocuparme aquí dos horas diarias.

— No puedo aceptar, dijo confusa el ama del colegio ; dos horas diarias es ya un trabajo pesado.

— El trabajo de la enseñanza es como el de la tierra, dijo Justino ; cada gota de sudor produce una flor delicada. Aceptad, señora, si no no hay nada de lo dicho. Creería yo que no daba nada y lo recibía todo.

— Preciso será conformarse con cuanto queráis, caballero, dijo Mad. Slyper tendiendo su mano al joven.

Al día siguiente quedó Mina instalada en el colegio, y dos días después comenzaron ambos novios sus tareas de enseñanza.

Desde aquel momento trocóse su vida en un sueño dorado. Su casto amor, tanto tiempo contenido, brotó de sus corazones como se abre una azucena á los rayos del sol. Verse diariamente, casi á todas horas, separarse y volver cada uno á su domicilio con la dulce esperanza de volverse á ver, estar seguros de amarse, decirselo mutuamente, repetirlo y volverlo á decir; tener el mismo pensamiento todo el día y el mismo sueño cada noche... tal era la situación de ambos jóvenes.

Y si los días de la semana se deslizaban así, como un collar de perlas, el domingo dejaba todavía sobre sus frentes mayor número de flores.

Mad. Slyper tenía en los alrededores de Amsterdam, cerca del precioso pueblo llamado Huizen, una casita de campo adonde llevaba los domingos á las colegialas que no lian con sus familias.

Era una casa lindísima, llena de toda clase de flores y de esos pájaros exóticos cuyo privilegio parecen tener los holandeses.

Descubriase desde sus ventanas el grato espectáculo de una llanura llena de ondulaciones; mil grupos de encinas agitaban sus verdes copas, y parecían en aquella gran explanada islas flotantes sobre un mar de esmeralda. Al Sud-Oeste aparecía brillante la ciudad de mil colores, la populosa Amsterdam, semejante á un ramo colosal, dentro de un inmenso florero. Por el lado del Norte limitaba la vista una florida colina que se extendía suavemente hasta el Zúderzée, donde cruzaban sobre las olas mil embarcaciones de todas las dimensiones, de todas las formas y de todos los

colores posibles, con tanta animación que el mar parecía la llanura y la llanura asemejaba al mar.

Era en toda la extensión de la palabra un paisaje holandés, lleno de dulzura, de tranquilidad y de armonía.

Allí acababa el mundo para nuestros enamorados. Falta-ban en verdad, para que el cuadro fuese completo, la madre de Justino y su hermana; habría sido mejor que Mina tuviera padres; pero ya se habían recibido cartas de Mad. Corby, de su hermana Celeste y de Salvador. Las primeras rebotaban de dicha y anunciaban que el espíritu de la madre estaba tranquilo y la salud de la hermana restablecida; la carta de Salvador estaba llena de promesas halagüeñas. No había, pues, que pensar en afligirse ni dejar de gozar los beneficios que derramaba la Providencia con ambas manos.

Cuantos domingos pasaron con las colegialas en la quinta de Mad. Slyper, fueron para nuestros enamorados otras tantas magníficas fiestas que saborearon con la delicia de dos niños gozando hasta en la luz y en el color de los pájaros.

La granja, que lindaba con aquella casa de campo, se hallaba cuajada de vacas, de cabras y de ovejas, que les proporcionaban candidas distracciones, dignas de los pastores de Teócrito y Virgilio.

En fin, su vida se convirtió en un prolongado idilio.

Así pasó todo el invierno. Durante el mismo invierno, la naturaleza no se mezcló á la poesía de aquellas almas enamoradas, pero gustaron en cambio las delicias de la chimenea de Mad. Slyper.

Hasta continuaron durante la estación cruda sus visitas á la pequeña quinta, cuyas estufas ofrecían en invierno una dulce sombra de verano.

En los primeros días de Enero, un domingo, en que todas las colegialas, Justino, Mina y la directora se entretenían charlando en el invernadero que entonces servía de salón, anunció un criado á Justino que preguntaban por él dos caballeros recién llegados de París y enviados por Mr. Salvador.

Justino y Mina se estremecieron.

Aquellos dos caballeros, inútil creemos advertirlo, eran el general Le Bastard de Premont y Mr. Sarranti.

## CAPÍTULO XIX.

### EPISODIO SENTIMENTAL.

Justino siguió al criado, y al llegar al comedor vió á dos hombres de elevada estatura; el uno embozado en una larga capa, y el otro cubierto desde los pies á la cabeza con una desmesurada polonesa.

Este último, al ver entrar á Justino, se dirigió á él, le saludó profundamente, y agitando la esclavina de su hopalanda, mostró su bella y atrevida cabeza un poco agitada sin duda, pero llena de nobleza y energía.

Era el general Le Bastard de Premont.

El otro, el que se hallaba envuelto en la capa, se inclinó desde lejos respetuosamente, pero sin variar de sitio.

El maestro de escuela les presentó unas sillas y les hizo indicación de que se sentasen.

— Ya os habrá dicho vuestro criado, dijo el general que vengo de parte de Mr. Salvador.

— ¿Y qué tal sigue? preguntó Justino; hace más de un mes que no tengo noticias tuyas.

— Consiste en que ha tenido muchas inquietudes y zozobras desde hace un mes, respondió el general, sin contar con los trabajos políticos á que habrá tenido que entregarse la víspera de las elecciones. Vos sabréis sin duda que á su paciencia é inteligente persistencia es á lo que debo la vida de mi amigo Mr. Sarranti.

— Efectivamente, ayer supimos tan dichosa nueva, y me hubiera alegrado encontrarme en París para ir á felicitar á Mr. Sarranti.

— Sería un viaje inútil, dijo sonriendo el general, no le hubierais encontrado en París.

— ¿Ha sido desterrado? preguntó Justino.

— No tendréis que ir tan lejos, replicó el general volviéndose á Mr. Sarranti, y señalándole con la mano, dijo:

— Vedle aquí.

Mr. Sarranti y el maestro de escuela se levantaron al mismo tiempo y acercándose el uno al otro se abrazaron fraternalmente.

El general volvió á tomar la palabra.

— Os he dicho que venía de parte de nuestro amigo Salvador, y ved aquí una carta suya que confirma mi indicación; pero aún no os he manifestado quién soy yo: ¿no me reconocéis?

— No, caballero, respondió Justino.

— Miradme bien, ¿no recordáis haberme visto alguna vez?

Justino fijó su mirada en el general, pero en vano.

— Sin embargo de no conocerme, me habéis visto, repitió el general, y en una noche, por cierto bien memorable para los dos, porque vos volvíais á encontrar vuestra